Q 2 a

) Y COMPAÑIA.

CALVO Y COMPAÑIA,

COMEDIA DE GRACIOSO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

VITAL AZA.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 21 de Abril de 1877.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, *principal*.

1884.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA HIPÓLITA.....	Sra. Valverde.
ROSA.....	Srta. Ballesteros.
DON MELQUIADES..... ..	Sr. Castilla.
BERNARDO.....	Guerra.
EL ALCALDE.....	Alverá.
FELIPE.....	Rodriguez.
EL SEÑOR CALVO.....	Peña.
EL TIO CALANDRIA..... ..	Oliva.
UN CONCEJAL.....	La Hoz.

La accion pasa en un pueblo de Extremadura.
Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL POPULAR Y DISTINGUIDO

PRIMER ACTOR CÓMICO

GABRIEL CASTILLA.

Cariñoso recuerdo de

Vital.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia
3635

ACTO PRIMERO

Sala modesta de una posada. Puerta al foro y laterales. Ventana segundo término deresha (1).

ESCENA PRIMERA.

ROSA barriendo y cantando. Sale el TIO CALANDRIA.

CAL. Rosa!

ROSA. Señor!

CAL. Que no te descuides. La diligencia está para llegar, y naturalmente, hay que tenerlo todo preparao.

ROSA. Está bien.

CAL. Ya lo sabes. Si algun viajero pide magras de jamon, córtalas del que está pasao; pero abundantes, eh? Que no digan que en la posada del tio Calandria se engaña á naide. Yo voy al ayuntamiento. Hoy tenemos sesion extraordinaria.—Oye, que si piden vino, despaches lo avinagrao, que eso en el pueblo ya no tiene salida.

ROSA. Siempre pasará lo de todos los dias, que los viajeros no pidan más que agua con azucarillos.

CAL. Es el mal que tienen las diligencias. Pero ya verás

(1) Entiéndase por derecha ó izquierda la del actor.

722160

ya verás ántes de un año, en cuanto tengamos el carroferril que ya han contratao. Entónces pondremos una fonda, y como al cabo del dia pasarán lo ménos diez mil viajeros...

ROSA. Anda, anda! Diez mil viajeros!

CAL. Pues es claro! Qué entiendes tú de ferro-carril, si nunca lo has visto?

ROSA. Ni usté tampoco.

CAL. Pero me lo feguro. Son muchos coches amarraos que andan veinte leguas por minuto, tiraos por el vapor.

ROSA. El vapor? Y qué es eso?

CAL. Toma! Pues el vapor es... es... la eletricidad. Pero tú no comprendes estas cosas. Á mí me lo ha explicao tóo don Felipe. Como él es así algo ingeniero y anda siempre tirando líneas y desnivelando por donde ha de pasar el tren, figúrate si lo sabrá. Mírale. Ahí sale.

ESCENA II.

DICHOS y FELIPE con un rollo de papeles debajo del brazo, y que sale de la puerta segunda izquierda.

FELIPE. Buenas tardes.

CAL. Felices, señor don Felipe. Va usted de campo, eh?

FELIPE. Sí. Por no perder la costumbre voy á tomar unos cuantos perfiles trasversales en la línea.

CAL. (Has oido? (Á Rosa.) Sabe unos terminazos este don Felipe!) Ya pronto le emplearán á usted?

FELIPE. Así lo espero. El gobierno ha tenido á bien declararme excedente; pero confío en que el contratista de este ferro-carril me dé un destino, pues nadie mejor que yo conoce todo el trayecto. Casi me sé de memoria todas las ordenadas y cotas rojas al terreno y á la rasante!

CAL. (Á Rosa.) (Qué palabrejas, eh?) Hombre, ahora que está usted aquí. Mi sobrina no quiere creer lo que yo la digo de los trenes. Explíquenos usted lo que es eso para que la chica lo entienda.

FELIPE. (Qué pesado! Lo ménos se lo habré explicado veinte

veces.)

CAL. (Á Rosa.) Ahora verás tú!

FELIPE. Pues un tren... es lo siguiente. Figúrense ustedes una locomotora.

CAL. Eso es: figúrate una...

FELIPE. Una locomotora que movida por el vapor arrastra varios furgones y carruajes con una velocidad vertiginosa sobre los rails de la vía, y eso es un tren.

CAL. Justo! Lo que yo te decía.

ROSA. (Al tio Calandria.) Pues no he entendido una palabra.

CAL. (Ni yo tampoco.) Luégo con más despacio te lo explicaré. Ahora estoy de prisa. Viene usted, señor don Felipe?

FELIPE. Sí; vamos andando. Hasta luégo, Rosita. (Vánse por foro.)

ROSA. Vayan ustedes con Dios.

ESCENA III.

ROSA.

ROSA. Á mí que no me vengan con pamplinas. Todo eso de vapor es una mentira. Y me paece que si esperamos al ferro-carril para hacer negocio, ya habrá llovido para entónces. Lo principal es que vengan muchas personas en la diligencia y que pidan algo más que agua y azucarillos. (Se oye el ruido de un coche que se acerca y se detiene.) Pero calle! Ya está ahí. (Desde la ventana.) Anda! Y viene cargada! Dos viajeros se apean con el equipaje. Vamos á ver lo que desean.

ESCENA IV.

DICHA, D. MELQUIADES y BERNARDO con una maleta y una sombrerera.

ROSA. Pasen ustedes adelante. (Desde el foro.)

MELQ. Hola, chica.

BERN. (Canastus! Y qué guapa es la pusadera!)

MELQ. Vamos á ver. Habrá habitacion disponible para nos-

otros?

ROSA. Pero van ustedes á quedarse hoy aquí?

BERN. Claru! Comu que hemus venidu...

MELQ. (Cállate hombre.)

BERN. (Me callu.)

MELQ. Sí, hija, sí, nos quedaremos aquí dos ó tres dias.

BERN. Esu es! Nos quedaremus...

MELQ. (Te he dicho que te calles.)

BERN. (Ya nun chistu. Carape! Me ha flechadu la pusadera!) (Se oye la voz de «Señores viajeros, el coche!» y marcha la diligencia.)

ROSA. (Gracias á Dios que se queda algun viajero.) Pues les arreglaré esta habitacion. (Puerta primera izquierda.) Es muy grande y muy fresca.

BERN. Ay! Tú sí que eres más fresca que un chicu de horchata! (Á Rosa.)

MELQ. Eh?

BERN. Que dónde pongu esto. (Aludiendo á la maleta.)

ROSA Traiga usted, no se moleste. (Le coge la maleta y la sombrerera y lo deja puerta primera izquierda.)

MELQ. Corriente. (Desde la puerta y viendo la habitacion.) No me parece mal.

ROSA. Ustedes querrán comer algo?

MELQ. No! yo todavía no. Sólo deseo quitarme el polvo y arreglarme un poco.

BERN. Pues yo deseu arreglar algu el estómagu .. Y me cumería unas chuletas ú cosa así si me lu permite don Melquia...

MELQ. (Que te calles, hombre.) (Le tapa la boca.) Pues, unas chuletas para él. Yo sólo quiero agua para lavarme.

ROSA. Con azucarillo?

MELQ. No, mujer!

ROSA. Pues corro á disponerlo todo. (Hace medio mútis.)

BERN. Chist!

ROSA Eh?

BERN. Que... no se te olvide el vinu.

ROSA. Está muy bien. (Medio mútis)

BERN. Chist!
ROSA. Señor...
BERN. (Peru qué ojos tiene tan retrucheros!)
ROSA. Decía usted...
BERN. Pues decía, que. . que... que me has flechadu!
ROSA. Qué cosas tienen ustedes los andaluces!... (Váse por foro.)
BERN. (Jé! jé! Nengunu me conoce que soy gallegu!) Benditu sea ese garbu!

ESCENA V.

D. MELQUIADES y BERNARDO.

MELQ. Bernardo!
BERN. Señor...
MELQ. Qué diablos haces ahí?
BERN. Estaba diciendu algunos chiculeos á la patrona.
MELQ. Vamos, vamos: es preciso que tengas mas cuidado! No se te vuelva á escapar el llamarme por mi nombre!
BERN. Peru, señor, es que yo no acabo de entender estus tapujus.
MELQ. Entérate bien. Te diré con toda la claridad posible el objeto de este viaje. He decidido casarme.
BERN. Ah! Vamus. Ya cumprendu el busilis. Va usted á casarse en este pueblo.
MELQ. No, hombre, no es eso. Mi futura no vive aqui. Está en Toledo hace tres meses. Yo la conocí en Madrid. Ay! qué mujer, Bernardo!... Yo estoy loco de amor por ella... y ella...
BERN. Si; ella estará loca de amor por usté. Es lu que pasa.
MELQ. No, tanto como estar loca por mí, no lo sé. Pero no le soy indiferente ni mucho ménos. Verdad es que sólo la he tratado cuatro años y medío, así... como amigo. No he llegado á insinuarme con palabras. Pero con los ojos... Ah! con los ojos la he dicho una porcion de ternezas. La miraba así... de este modo... Qué te parece? (Hace una mueca.)
BERN. Ay señor! que se pone usté horrorosu!

MELQ. Eres tonto de capirote! No comprendes el lenguaje de los ojos.

BERN. Pocus lo comprenderán.

MELQ. Todo el mundo! Una vez á una señora muy guapa, que estaba al balcon, le pedí con los ojos una flor que tenía en el pecho, y el marido, que se hallaba detrás de ella, comprendió tan perfectamente lo que yo decía, que...

BERN. Que le tiró la flor?

MELQ. Algo más. Me tiró un tiesto que por poco me aplasta.

BERN. ¡Caspitina!

MELQ. Si es un lenguaje muy expresivo. Cuando uno mira así á una mujer, quiere decir: «Te amo.» De este otro modo se expresan una porcion de cosas, como: «Estoy al tanto.» «Bendita sea tu alma.» Y cuando se ponen los ojos así, mirando al cielo, parece...

BERN. Justo! Parece unu un carnero degolladu!

MELQ. No señor. Con eso se indica que se pone al cielo por testigo de que nunca se la olvidará.

BERN. Esu sí que está claru! Y diga usté, señor. Si yo quieru decir alguna vez á mi novia: «Espérame el domingu á las tres y media de la tarde juntu á la fuente de la Cibeles...» Cómu tengo que puner los ojus?

MELQ. En cuanto á eso, el medio mejor para que te entienda es que se lo digas de palabra. Pero desengáñate. Las mujeres comprenden perfectamente todo lo que expresamos con nuestras miradas. Dígalo sino Petronila.

BERN. Qué Petrunila?

MELQ. Dale! Petronila Cerote. Mi futura! El dia que se marchó con su padre á Toledo, me dijo,—parece que la estoy viendo:—«Don Melquiades, ya sabe usted que se le aprecia.» Eh? Te parece que esto no es nada? La pobrecilla no pudo ser más explícita, porque su papá estaba delante, que si no...

BERN. Y usté qué la diju?

MELQ. Ah! Yo estrechando fuertemente su mano y poniendo los ojos así, la dije: «Que lleve usted feliz viaje.»

BERN. Muy bien dichu.

MELQ. Al dia siguiente la escribí una carta manifestándola mi profunda pasion.

BERN. Y le habrá contestadu?

MELQ. Ya lo creo! Me contestó á correo vuelto, diciéndome que no había recibido la mia.

BERN. Está perdídu el serviciu de curredus.

MELQ. Pero, mira, aquí tengo su carta. Léela y verás... (Dándole la carta.)

BERN. Jé, jé? Si non entiendu de letra!

MELQ. Es verdad, no me acordaba de que á tí te estorba lo negro. (Quitándole la carta.)

BERN. En puntu á lectura me estorban todus los colores.

MELQ. Escucha, (Lee.) «Apreciable don Melquiades.» Has oido? Apreciable! «Su carta de ayer no ha llegado á mis manos. Por lo tanto ya comprenderá usted el por qué no puedo contestarle.» Es natural. «Diviértase usted mucho y sabe que le aprecia su afectísima Petronila Cerote.» Eh? Creo que en estos renglones se trasluce bien claramente el amor que la inspiro.

BERN. Peru señor, yo creu, con permisu de usted, que lo derechu hubiera sidu marcharse á Tuledo, y allí...

MELQ. Poco á poco. Tú ya sabes que mi fortuna es muy reducida.

BERN. Vaya si lu sé.

MELQ. Pues bien. Mi futura, hoy por hoy, no tiene tampoco grandes rentas. De suerte que casarse en estas circunstancias sería una barbaridad.

BERN. Peru señor, ¿Qué tiene que ver todu estu con lus tapujus del viaje?

MELQ. Á eso voy. (Con misterio.) Segun he podido averiguar en Madrid, en este pueblo vive un tal don Frutos Zaratan, hombre de mucha edad y de inmensa fortuna, y parece que la única heredera de todos sus bienes es Petronila.

BERN. Ah!

MELQ. Comprendes ahora el intringulis del viaje? Si esas noticias resultan ciertas, mi futura será millonaria á la muerte de don Frutos, y á eso precisamente hemos ve-

nido.

BERN. (Á matar á don Frutos!) Señor, por Dios y todus las santus! Mire usted que...

MELQ. Si tiene tanto como dicen, damos el gran golpe.

BERN. (María Santísima!)

MELQ. Don Frutos contará ya sus ochenta años, y comprendes que no tardará en morir.

BERN. Peru señor!... Que esu es un desatentadu á la muralidad!

MELQ. Eh?

BERN. El que usted se case es lo de ménus. Lu grave aquí es asesinar á don Frutos.

MELQ. Pero hombre de Dios! Si yo no trato de asesinar á nadie. Si sólo hemos venido á ver si esa fortuna es cierta, y si Petronila es la única heredera. Á don Frutos que Dios le conserve la vida... (pocos años.)

BERN. Esu es otra cosa.

MELQ. Te has enterado bien?

BERN. Jé, jé! Pues ya lu creu! Si tengu yo una penet racion!

MELQ. Pues mucho ojo! Que nadie sepa que yo soy don Melquíades García y tú mi criado.

BERN. Curriente!

MELQ. Que cuanto te he dicho sea un secreto para todo el mundo.

BERN. Curriente.

MELQ. Si esto se realiza, yo seré millonario y te nombraré mayordomo general.

BERN. Curriente: acépeto.

MELQ. Ay, Bernardo! Qué gran negocio!

BERN. Seremos capitalistas!

ESCENA VI.

DICHOS y ROSA que pasa desde el foro á la puerta primera izquierda, donde deja el plato con las chuletas.

MELQ. Tendremos millones! Muchos millones!

ROSA. (Eh?)

BERN. Seremus los más ricos de la córte!

MELQ. Es un negocio redondo!
ROSA. Cuando ustedes gusten.
MELQ. (Á Bernardo.) (Silencio!)
BERN. (Enteradu.)
MELQ. Vamos á arreglarnos.
ROSA Todo lo tienen ustedes dispuesto!
BERN. (Mayordomu general!)
ROSA. Allí tiene usted las chuletas.
MELQ. Vamos? (Váse.)
BERN. Vamus. (Pero qué retrechera es! ¡Ay, si tuviera un tiu comu don Frutus!) (Vése.)

ESCENA VII.

ROSA y luégo FELIPE.

ROSA. Anda! anda! Y cómo echaban millones por la boca! Estos señores de Madrid no piensan más que en el dinero. Mejor! Así se les cobrará doble el hospedaje.
FELIPE. Rosa; somos felices! (Entra muy contento.)
ROSA. Qué le pasa á usted, don Felipe?
FELIPE. Que estoy contentísimo!
ROSA. Vaya! me alegro mucho.
FELIPE. Y tú tambien debes estarlo! Y todo el pueblo! Oye, oye lo que dice *La Correspondencia* que acaba de recibir el boticario. (Lee.) «Hoy ha salido de Madrid con objeto de recorrer la línea férrea que el gobierno le ha concedido, el distinguido ingeniero y opulento capitalista don Bruno Calvo, socio principal de la casa constructora Calvo y Compañia.» No te alegra la noticia?
ROSA. Yo no entiendo esas cosas!
FELIPE. Tonta! El señor Calvo es el empresario del ferro-carril que ha de pasar por este pueblo. De un momento á otro debe llegar. Yo me presentaré á él, le serviré de guía, le explicaré algunas modificaciones necesarias en el trazado, y don Bruno, por conveniencia propia, me dará un destino! Acabará esta bochornosa cesantía!
ROSA. Pero lo que usted dice, es cierto?

FELIPE. Que si es cierto? Como que lo dice *La Correspondencia*. Tu tio, en cuanto supo la noticia, se fué corriendo al ayuntamiento y ya están en sesion tratando de los festejos con que se ha de recibir á tan distinguido personaje! Habrá música y fuegos artificiales y bailes!...

ROSA. Ay, Dios mio! Qué gusto! Y cuándo será eso?

FELIPE. Pues quizá hoy mismo ó mañana, en cuanto lleguen. Y tú no te descuides. Arregla algo la casa. Puede suceder que vengan en la diligencia y naturalmente se hospedarán aquí.

ROSA. Ay, don Felipe!

FELIPE. Qué es eso?

ROSA. Ahora lo entiendo todo! Ya llegaron!

FELIPE. Cómo que llegaron?

ROSA. Sí señor, me han pedido habitacion para dos ó tres dias, y ahí están arreglándose.

FELIPE Pero quienes?

ROSA. Dos señores que vinieron en la diligencia.

FELIPE. Será posible?

ROSA. Cuando entré estaban hablando de millones y más millones, y de que serían muy ricos y de que harían un negocio redondo.

FELIPE. Justo! No cabe duda! El señor Calvo y algun consocio... Ay, Rosa! Somos felices!. . (Mirando por la corradura.) Ah! sí! Ya los veo! Ellos son. Anda! Corre al ayuntamiento. Avisa á tu tio y al Alcalde y diles que ya han llegado, que activen los preparativos.

ROSA. Voy, voy corriendo. Qué gusto! Tendremos baile!
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA VIII.

FELIPE, luégo D. MELQUIADES.

FELIPE. Pues señor! Ya me figuro empleado y dando disposiciones para comenzar los trabajos. Ah! mi proyecto de viaducto se aprobará sin discusion. En cuanto aparezca el señor Calvo, le hablaré de la línea para que

vea que estoy perfetamente enterado. Pero, calle! Allí sale! Seamos diplomáticos! Beso á usted la mano.

MELQ. Servidor de usted.

FELIPE. (Qué fisonomía tan inteligente!) Tengo una verdadera satisfaccion en saludar al que muy pronto podremos llamar el regenarador de este pueblo.

MELQ. Eh?

FELIPE. Me complazco en estrechar la mano de uno de nuestros primeros capitalistas.

MELQ. (Canastos!) Caballero, yo...

FELIPE. Al tener noticia de que usted acababa de llegar, sentí un inmenso júbilo.

MELQ. (Caracoles!)

FELIPE. Y todo el pueblo se vanagloría de tener hoy tan respetable huesped.

MELQ. Todo el pueblo!

FELITE. Mas nadie tanto como yo, que conozco perfectamente el negocio que á usted le ha traido.

MELQ. Eh? Que conoce usted el negocio que... (Pero cómo saben en este pueblo mis relaciones con Petronila?)

FELIPE. Ya lo creo! Más de lo que muchos se figuran!

MELQ. (Me han conocido!) Pues caballero, yo le ruego á usted...

FELIPE. Ah! Vamos! Querrán ustedes guardar el incógnito!

MELQ. Es natural! Un asunto de esta clase... (Me han descubierto!)

FELIPE. Han venido ustedes solamente á reconocer el terreno?

MELQ. Eso es! Á ver si era cierto lo que me habían dicho.

FELIPE. Pues descuide usted. Yo le pondré al corriente de todo. Tendré en ello muchísimo gusto.

MELQ. (Qué jóven tan simpático!) Pero diga usted; tiene tanto como dicen? (Ahora sabré si es rica mi novia.)

FELIPE. Figúrese usted! En ochenta kilómetros!...

MELQ. (Ochenta kilómetros! qué fortunon!) Pero no todos los terrenos serán reproductivos?

FELIPE. Casi todos. De unos se puede sacar el material necesario para las obras de fábrica, y con los desmontes

hay de sobra para rellenar los terraplenes.

MELQ. Sí, eh? (Con extrañeza.)

FELIPE. Se vé que es usted hombre que estudia bien los negocios! En este se pueden ganar unos cuantos millones.

MELQ. (Lo que yo decía.) Cuánto agradezco á usted...

FELIPE. No merece la pena. Yo le enseñaré á usted punto por punto toda la línea...

MELQ. (La línea! Vamos sí! la línea de conducta!)

FELIPE. Y cuanto á ella se refiere.

MELQ. (Á ella!) Conque usted la conoce?

FELIPE. Que si la conozco? Ya lo creo! Á palmos!

MELQ. (Eh?)

FELIPE. Desde hace algun tiempo. Qué admirablemente trazada está!

MELQ. Ah! Es preciosa! está muy bien trazada!

FELIPE. Qué curvas y contracurvas tan bien comprendidas!

MELQ. Ah! sí! Las curvas sobre todo...

FELIPE. Es de lo poco que se ha visto! Y qué pérfil longitudinal!

MELQ. Le gusta á usted el perfil, eh?

FELIPE. Qué si me gusta? Como que se puede aceptar á ojos cerrados. Crea usted que si yo fuera hombre de dinero hubiera hecho proposiciones; pero naturalmente, ¿quién puede competir con una persona como usted?

MELQ. Muchas gracias. (Dándose importancia.)

FELIPE. Qué envidia le tuve cuando supe que se la habían concedido!

MELQ. Pche! (Pues este sabe más que yo. Se conoce que está bien enterado.)

FELIPE. Y por supuesto que no habrán faltado pretendientes!

MELQ. Sí; ha habido algunos; pero yo...

FELIPE. Es claro! Usted ofrece más garantías que ninguno otro por su inmensa fortuna.

MELQ. Sí; debe ser por eso. (Me creen rico! Me alegro! Así el amor parecerá más desinteresado.)

FELIPE Negocios como este se presentan pocos. Es de un resultado segurísimo.

MELQ. (En cuanto el tio se muera.) De manera que usted cree que yo debo casarme inmediatamente!

FELIPE. Eh? Casarse? Sí señor! inmediatamente! (Vamos! Dependerá su matrimonio del resultado de la empresa.)

MELQ. Muchas gracias, jóven, muchas gracias.

FELIPE. Indudablemente el mejor medio de explotarla es subcontratarla por trozos.

MELQ. Eh?

FELIPE. É introducir en ella algunas modificaciones, sin separarse mucho del trazado oficial.

MELQ. (Trazado oficial!)

FELIPE. Yo tendré el gusto de dar á conocer á usted mi proyecto.

MELQ. Cómo?

FELIPE. Sí señor. Referente al terraplen número cuatro del trozo segundo.

MELQ. (Qué dice este hombre?)

FELIPE. Le conviene á usted seguramente.

MELQ. Pero el qué?

FELIPE. Hacer un viaducto.

MELQ. (Caracoles!) Oiga usted, amigo, ¿de qué me habla usted?

FELIPE. De la tercera seccion, terraplen número cuatro del trozo segundo, ya sabe usted, donde empieza la pendiente de cero, cero tres.

MELQ. Cero, cero tres? (Este hombre está tocado.) Está usted seguro de lo que dice?

FELIPE. Segurísimo, señor Calvo.

MELQ. Oiga usted, amigo; que yo sea calvo no tiene nada de particular.

FELIPE. Cierto que no.

MELQ. Lo que deseo saber, es quién le dijo á usted el asunto que me ha traido aquí.

FELIPE. Lo he sabido por *La Correspondencia.*

MELQ. Eh!

FELIPE. Sí señor, por *La Correspondencia de España*, que acaba de llegar.

MELQ. (Zapateta! Si esto no puede ser!)

FELIPE. Ahí la tiene usted. Este es el suelto. (Le da «La Correspondencia.») (Me parece que tengo seguro el destino.)

MELQ. (Despues de leer.) (Gracias á Dios que nos entendemos. Me toman por el empresario del ferro-carril! Magnífico! De este modo me enteraré de lo que me interesa, sin que nadie lo sospeche.) Vea usted! No puede uno hacer nada sin que los señores periodistas lo publiquen en seguida! Yo deseaba guardar el incógnito, pero con esto ya es imposible! Qué le vamos á hacer!

FELIPE. Sin embargo, si usted quiere que yo...

MELQ. No! Déjelo usted ya. Lo que no tiene remedio...

FELIPE. Luégo tendré el gusto de enseñarle mi proyecto de viaducto, y usted, como ingeniero, lo juzgará.

MELQ. (Ay! Esta sí que va á ser más negra!) Lo celebraré muchísimo. (Es preciso prevenir á Bernardo.) Con permiso de usted. (Dándole la mano.)

FELIPE. Ofrezca usted mis servicios al compañero.

MELQ. Compañero?

FELIPE. El otro señor que ha venido con usted: ¿no es su consocio?

MELQ. Ah! Sí! Justo! Mi consocio. Yo soy Calvo y él es la compañía. Conque amigo, si en algo puedo serle útil. .

FELIPE. Mil gracias. Felipe Jimenez, auxiliar de obras públicas excedente.

MELQ. Servidor de usted. (Hace medio mútis.)

FELIPE. (Yo debía lanzarme.) Señor don Bruno...

MELQ. (En cuanto arregle el asunto tomo el portante, y que me busquen luégo.)

FELIPE. Señor don Bruno!

MELQ. Ah! Decía usted!... (Ya no recordaba que me llamo Bruno.)

FELIPE. Si no temiera abusar de usted, le suplicaría un especialísimo favor.

MELQ. (Malo! Este me pide dinero!) Usted dirá.

FELIPE. El gobierno me ha dejado cesante hace cuatro meses.

MELQ. (Lo que yo decía)

FELIPE. Y yo rogaría á usted. .

MELQ. (Se contentará con una peseta.) (Llevándose la mano al bolsillo.)

FELIPE. No seré exigente. Con seis ú ocho mil reales me contento.

MELQ. (Canastos! Pues ya lo creo que se contentaría!) Amigo, comprenda usted que una peticion de esa naturaleza...

FELIPE. Sí; ya comprendo que usted tendrá completo el personal, pero un destinillo...

MELQ. Ah! Conque lo que usted quiere es un destino?

FELIPE. Sí señor: una plaza de simple delineante.

MELQ. Vaya! Descuide usted! Le nombraré simple delineante ó ingeniero simple; lo que usted quiera. Sí señor! Pues no faltaba más!

FELIPE. Ay, señor don Bruno! Yo no sé cómo agradecer á usted... Disponga usted de mí como de un esclavo.

MELQ. Quite usted, hombre! Quite usted! Si no vale la pena... (Esto de ser un personaje!...) Hasta luégo. (Váse.)

FELIPE. Vaya usted con Dios! Reconózcame usted como su más humildísimo servidor.

ESCENA IX.

FELIPE y luégo ROSA.

FELIPE. Oh! felicidad! Ya soy todo un señor empleado! Poquita importancia que me voy á dar en casa del boticario! Y de fijo! Lo ménos que me señalan de sueldo son veinte mil reales. No digamos que es una cosa del otro jueves; pero, en fin...

ROSA. Ya están todos avisados.

FELIPE. Me alegro. Veremos ahora cómo se porta el pueblo con nosotros.

ROSA. Con ustedes?

FELIPE. Sí señor! Yo pertenezco ya á la empresa. Acaban de nombrarme ingeniero.

ROSA. Que sea enhorabuena.

FELIPE. Gracias. Ya haremos por vosotros todo lo que se pueda.

Voy á terminar un trabajo que tengo entre manos... Hasta luégo, chica... (Lo ménos veinte mil reales!) (Váse puerta segunda izquierda.)

ROSA. Vaya! Pues no se ha inflado poco el señor don Felipe! Pero ¡claro! Como que le han hecho ingeniero!...

ESCENA X.

DICHA, el TIO CALANDRIA.

CAL. Rosa! Rosa!

ROSA. Mande usted!...

CAL. Dónde están esos señores?

ROSA. Pues ahí! En ese cuarto.

CAL. Mucho cuidado! Pónles buena comida y abundante! Muy abundante! Hay que tenerles contentos. Ya sabes lo lagarto que es el alcalde. Los camelará para que la línea pase por delante de su casa, y yo, naturalmente. no soy bobo, y si puedo hacer que la echen por más abajo, me pagarán bien el terreno de la huerta. Cada cual debe mirar por lo suyo, y á mí no me la pega el alcalde. Saca el mejor vino de la bodega, eh? Que vean cómo se porta el tio Calandria. (Váse primera puerta derecha.)

ROSA. Así se hará. Vaya usted tranquilo.

ESCENA XI.

ROSA y BERNARDO con levita y sombrero de copa.

BERN. (Jé, jé! Pues no me he puestu yo elejante! Parezcu un banquerU de verdad.)

ROSA. Deseaba usted alguna cosa?

BERN. (La pusadera! Ahora sí que la he flechadu yo!)

ROSA. Si desea usted algo?

BERN. Que si deseu algu? Ay! si yo te dijera todu lo que yo deseu!...

ROSA. Tendré mucho gusto en servirle.

BERN. (Creu que non debu descender á una pusadera! Pero, si es tan remunona.) Pchist!

ROSA. Mande usted.

BERN. Acércate. (Jé! jé! Cómu me mira! Voy á ver si me explicu con lus ojus. Diréla que la amu.) (La coge de la mano y se adelanta con ella al proscenio. Hace una mueca.) Ha[s] comprendidu?

ROSA. No señor.

BERN. Eh? (Guiña el ojo.)

ROSA. Qué dice usted!

BERN. Que... (Vuelve á guiñar.) Te has enteradu?

ROSA. Ah! Sí! Que se le ha metido á usted algo en ese ojo.

BERN. (Non nus entendemus. Pondré al cielu pur testigu.) (Míra al cielo, Rosa mira tambien.)

ROSA. Qué dice usted?

BERN. Eh? (Vuelve á mirar al cielo.)

ROSA. Ah! sí señor.

BERN. (Ya me ha cumprendidu!)

ROSA. Es una mancha que han dejado los albañiles.

BERN. Qué mancha?

ROSA. Aquella.

BERN. Si yo miraba al cielo.

ROSA. Justo! al cielo raso.

BERN. (Pur vida de...) Lu que digu... es... que... me gustas muchu! (Abrazándola.)

ROSA. Vaya, señor! déjeme usted. (Dajándose abrazar.)

BERN. Jé! jé! Si no hay nada más expresivu que un abrazu.

CAL. (Dentro.) Rosa!

ROSA. Ay! Mi tio me llama! (Váse corriendo.)

BERN. Adios saleru! Jé! jé! Que partidu tengu yo con las mujeres bunitas!

ESCENA XII.

BERNARDO y FELIPE con unos papeles.

FELIPE. (Ah! Aquí está el consocio.) Soy muy servidor de usted

BERN. Besu á usted los piés.

FELIPE. Ántes he tenido el honor de saludar á su señor consocio, y supongo que él le habrá dicho á usted...

BERN. Todu! Estoy al tántu!

FELIPE. Pues aquí traía estos planos con objeto de que ustedes los vieran. Mire usted. Esta es mi memoria sobre el viaducto. (Dándosela.) Lea usted algun párrafo y se convencerá de lo excelente que es mi idea.

BERN. (Canastus! Qué cumpromisu!) (Hojeando la memoria.)

FELIPE. Eh! Qué le parece á usted?

BERN. Nutable! Envidiu su memoria. (Dándosela.)

FELIPE. Muchas gracias.

BERN. Á mí todu se me olvida en seguida.

FELIPE. Creo que no está mal escrita.

BERN. Non señor. Solu que yo... (Ay! qué apurus!) Vamos, que non... Está usted?

FELIPE. Sí! Que no puede usted leer sin anteojos.

BERN. Justu! Sin anteojus non puedu leer nada... Pero cun ellos... Ah! cun ellus!... (Me sucede lu mesmu!)

FELIPE. Estos son los planos detallados de toda la obra. Mire usted. (Extendiendo el plano sobre la mesa.)

BERN. (Paréceme que voy á meter la pata. Lu más acertadu será escurrir el bultu.) (Váse sin ser visto de D. Felipe.)

FELIPE. Esta es la planta, y este el córte longitudinal por A. B. Como usted está viendo, este proyecto reune la ventaja de... Pero ¿qué es esto? Se ha marchado? Vamos! Sí! habrá ido por los anteojos. Luégo se lo explicaré! (Recoge los papeles.)

ESCENA XIII.

FELIPE, el ALCALDE, un CONCEJAL y ACOMPAÑAMIENTO; luégo el TIO CALANDRIA.

FELIPE. Felices, señor Alcalde.

ALC. Buenas tardes, Felipe. (Con indiferencia.)

FELIPE. Vienen ustedes en comision?

ALC. Si señor. Sólo falta el tio Calandria. Venimos á saludar á los señores contratistas en representacion del pueblo.

FELIPE. Pongo en conocimiento de ustedes que estoy nombrado ingeniero de la línea.

CONC. Que sea por muchos años!

ALC. (Hola!) Cuánto me alegro! Vaya con don Felipe! Como que se merece usted eso y mucho más. Siempre díje yo que era usted un hombre de mucho talento y de mucho saber. (Abrazándolo con afectado cariño)

FELIPE. Gracias, señor Alcalde.

ALC. No hay por qué darlas. Usted ya sabe que todo lo que yo tengo es suyo. (Ya hablaremos de un negocio. (Ap. á Felipe.) Tiene usted que hacerme un favor.)

FELIPE. Cuando usted guste. (Aparece el tio Calandria.)

ALC. Hola! Ya está aquí el tio Calandria.

CAL. Á la paz de Dios, señores.

ALC. Menuda arenga les voy á soltar á los empresarios. Ya la tengo aquí. (Señalando el sombrero.)

FELIPE. Hombre, dirá usted en la imaginacion.

ALC. No señor. En el sombrero. Mírela usted. (Quitándose el sombrero y enseñando un papel que tiene en el fondo.)

CONC. (Se la escribió el secretario. (Al tio Calandria.)

CAL. (Al Concejal.) (Claro! Si él apenas sabe de letra.)

ALC. De esta manera podré echarla de corrido y como si me saliera todo de la cabeza.

FELIPE. Muy bien pensado.

ALC. Ya lo creo! Si nó era fácil que me sucediera lo del año pasado cuando vino el gobernador á visitarnos; que yo me había aprendido de memoria un discurso, y en vez de decir: «Acataré al Gobierno por lo tanto,» dije: «Atacaré al Gobierno por lo tonto!»

FELIPE. Qué atrocidad! Ya salen!

ALC. Á ver!... Señores Concejales, en segunda línea!

CAL. (No se dá poco tono el Alcalde!)

ALC. Ejem! Ejem!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, D. MELQUIADES y BERNARDO.

MELQ. (Canastos!) Señores...

FELIPE. La comision del ayuntamiento que viene...

MELQ. (Á prendernos.)

FELIPE. Á tener el gusto de saludar á ustedes en nombre del pueblo.

BERN. (Daréme importancia!)

MELQ. (¡Ay! Esto se complica!) Servidor de ustedes. Tenemos muchísimo gusto en...

CAL. Estimando. Nosotros venimos...

ALC. (Silencio los concejales!) (Al tio Calandria.) Señores... (Mirando al sombrero.)

MELQ. (Anda! Discurso tenemos.)

ALC. Señores!

MELQ. (Y van dos.)

ALC. Señores! (En distinto tono cada vez.)

BERN. (Jé! ¡jé!)

MELQ. (Á Bernardo.) (Cállate, hombre.)

ALC. Comisionado por el municipio...

FELIPE. (Señor Alcalde!...)

ALC. No! no! por el municipio, venimos á re... arre... á recibir á ustedes y só... só... solamente deseamos que permanezcan en este pueblo durante mu... mu...

MELQ. (Ya muje.)

ALC. Mucho tiempo, y á... á... Achis! (Estornudando.)

BERN. Dios lu ayude!

MELQ. La corriente de aire-.. Cúbranse ustedes, con confianza.

ALC. No, no señor. Yo no puedo cubrirme.

MELQ. Vaya! Pues no faltaba más!

CAL. Tienen razon los señores. Confianza ante todo. (Poniéndose el sombrero y haciendo un guiño al Concejal, que se cubre tambien.)

FELIPE. (Cúbrase usted, señor Alcalde. Es mucho mejor.)

ALC. Con permiso. (Se cubre.) Pues señores! Finalmente! Yo soy la primera autoridad del pueblo, y... y... En fin, que ustedes tienen que venir conmigo.

MELQ. Eh?

ALC. Á mi casa! Allí estarán ustedes muy bien.

CAL. Es que en la mia tambien lo están, señor Alcalde!

CONC. Pues que vengan á la mia!

ALC. No señor. Yo soy la primera autoridad, y me corres-

ponde mantenerlos.

FELIPE. Señor Alcalde...

ALC. Quiero decir...

CAL. Los señores están ya en mi casa, y creo que no querrán... (El tio Calandria y el Concejal zarandean á D. Melquiades y á Bernardo.)

MELQ. (Qué jaleo!) Hombre, nosotros...

BERN. Pur mi lu que quiera mi amigu Brunu.

CAL. Es que yo...

ALC. Silencio! Aquí nadie manda más que el Alcalde!

MELQ. Pues en marcha.

CAL. (Maldito Alcalde!)

ALC. Esta noche tendremos gran baile y cena hasta la madrugada.

BERN. (Cómu me voy á puner el cuerpu!)

ALC. Vamos á pasar la gran noche, señor Calvo, y manana..

MELQ. (Sí! Mañana no me vereis el pelo!)

ALC. En marcha todo el mundo. Vivan los señores contratistas!

TODOS. Vivan!

BERN. Viva el señor Alcalde!

TODOS. Viva!

MELQ. (Ay Dios mio! En qué lío nos hemos metido!) (Vánse todos. Mucha animacion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa del Alcalde. Dos puertas al foro. En segundo término, á la izquierda, ventana: en el primero puerta. En segundo término, derecha, otra puerta y otra ventana en el primero; una mesa, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA HIPÓLITA, D. MELQUIADES, BERNARDO, el ALCALDE, FELIPE, el TIO CALANDRIA y un CONCEJAL. Al levantarse el telon aparecen todos sentados á la mesa y terminando la comida. Mucha animacion.

AL. Brindo por los señores contratistas y por sus familias rispetives. (Aplausos.)

ELQ. Gracias, gracias.

ELIPE. Brindo por mis respetables jefes los ilustres regeneradores de este pueblo. (Se ropiten los aplausos.)

LC. Bomba!

DOS. Bien! bien!

LC. Ojo, que vá en verso!
Señores! Yo, como Alcalde,
brindo con mucha alegría,
porque sean muy felices
el señor de Calvo y su amable compañía.
(Se vuelven á repetir los aplausos.)

MELQ. Muchas gracias, señores.

CAL. Que brinde la Hipólita, que entiende tanto de letras.

TODOS. Eso! Eso!

HIPOL. Ustedes perdonen. Yo sólo hago el oficio de Ganimedes.

CAL. De qué?

HIPOL. Ganimedes era el copero de Júpiter. (Mirando fijamente á D. Melquiades, y sirviéndole vino.)

MELQ. (Qué gana de poner motes tiene esta señora.)

ALC. Vaya, señores, se va haciendo tárde y hay que salir á recorrer la línea.

MELQ. (Esta es más negra!) (Se levantan todos ménos Bernardo, que sigue comiendo.)

CAL. Cierto: vamos á aparejar los jacos. (Á D. Melquiades.) Usted, como ingeniero, estará acostumbrado á montar buenos caballos.

MELQ. (Los del tio Vivo, cuando era chico.)

CAL. Pero, ya verá usted. Le voy á dejar una jaca que es lo mismo que un rayo.

MELQ. (Me estrella, de fijo.)

CAL. Conque hasta luégo, señores.

ALC. En séguida volvemos. (Vánse puerta derecha del foro, el Alcalde, el tio Calandria y el Concejal.)

MELQ. Vayan ustedes con Dios.

FELIPE. Si ustedes quieren conocer mi proyecto de viaducto... (Extendiendo los planos.)

MELQ. (Maldita sea tu estampa!)

FELIPE. Sólo faltan los presupuestos, que los haré hoy mismo.

MELQ. Sí? Pues entónces lo veremos cuando termine usted los presupuestos.

FELIPE. Corriente. Como ustedes gusten. Soy con ustedes al momento. (Váse puerta derecha foro.)

HIPOL. Señor Calvo, si algo se les ocurre... (Durante esta escena Doña Hipólita y una criada habrán recogido todos los enseres de la mesa.)

MELQ. Muchas gracias.

HIPOL. Ya sabe usted que yo... yo... (Pero cómo me impresiona este hombre!) (Váse puerta derecha.)

ESCENA II.

D. MELQUIADES y BERNARDO, que continúa comiendo.

MELQ. Pero, hombre! (Bernardo deja de comer.) ¿Te parece á tí que esta vida se puede soportar mucho tiempo? Yo ya no puedo más!

BERN. Y qué ha sabido usted de don Frutus?

MELQ. Nada, hombre! pues si desde anoche no hemos hecho otra cosa más que comer! Cada dos horas nos ponen la mesa.

BERN. Claru! Comu que somus capitalistas.

MELQ. Pero á esta gente se le figura que los capitalistas se pasan la vida comiendo. Y si al ménos hubiera variedad... pero, nada! Cabrito asado por la mañana, cabrito asado por la tarde, cabrito asado por la noche, y á todas horas cabrito asado! Te digo que estoy ya de cabrito hasta aquí...

BERN. Pues á mí me gusta estu...

MELQ. Ya ves! Ahora tendré que montar á caballo, yo, que en mi vida las he visto más gordas! Me voy á matar, estoy seguro!

BERN. Agarrándose bien...

MELQ. No! lo que es yo no salgo!

BERN. Señor!

MELQ. Te digo que yo no monto á caballo!

BERN. Pero, señor! Que van á conocer que non somus lo que somus, y nos van á zurrar la badana.

MELQ. Sí, tienes razon. Es preciso resignarse. Pero, quién me habrá metido á mí?...

ESCENA III.

DICHOS, el ALCALDE.

ALC. Ya está dispuesta toda la comitiva. Bien se va usted á lucir en su jaca.

MELQ. (Mucho!)

ALC. Yo nó puedo acompañar á ustedes porque tengo que despachar unos oficios, y porque puede que esta tarde

venga el gobernador.

MELQ. Sí? (Dios mio! Que no venga el gobernador!)

ALC. Conque vamos?

MELQ. Cuando usted guste. (Ay Petronila! qué cara me cuestas!)

ALC. (Á Bernardo.) Hasta luego.

MELQ. (Á Bernardo.) (Encomiéndame á Dios, porque de esta no salgo.)

BERN. (Señor, vaya usted sin miedu!)

MELQ. (Sin caballo quisiera yo ir!) (Vánse Melquiades y el Alcalde, puerta derecha del foro.)

ESCENA IV.

BERNARDO encendiendo un puro.

BERN. Lu ciertu es que aquí nos tratan á cuerpu de rey! Lo menus me llevu fumadus desde esta mañana veinte purus del estancu! Santu Cristu, si ellos supieran!... Peru es claru! Al vernus con esta facha de deplumáticus, cualquiera nus toma pur banquerus ú cosa así.

ESCENA V.

DICHO y DOÑA HIPÓLITA.

HIPOL. Se ha marchado ya su compañero de usted?

BERN. Sí, señora.

HIPOL. Señorita.

BERN. Es verdad, non me acurdaba.

HIPOL. Cómo me gusta ver á dos amigos tan íntimos como ustedes! Parecen ustedes Cástor y Polux.

BERN. Eh?

HIPOL. Que son ustedes lo mismo que Pílades y Orestes.

BERN. (Non cumprendu.)

HIPOL. Como Eurialo y Niso. Verdad?

BERN. Sí, sí, señorita. Somus todu esu que usté ha dichu.

HIPOL. (Si este me enterara...) Y su amigo de usted ¿se ha entregado ya en el altar de Himeneo?

BERN. (Peru qué dice?)
HIPOL. Pregunto si es casado.
BERN. Quiá!
HIPOL. (Respiro!)
BERN. Comu que hemus venidu... (Tapándose la boca.) (Ay qué brutu! Á pocu lu sueltu!)
HIPOL. Conque los dos son ustedes célibes?
BERN. Non señor, somus solterus. (Medio mútis.)
HIPOL. Se va usted?
BERN. Voy adentru á cavilar en los negocius.
HIPOL. Bien hecho.
BERN. (Vamus á durmir la siesta.) Á lus *pieses* de usted, señurita. (Váse puerta primera izquierda.)
HIPOL. Beso á usted la mano.

ESCENA VI.

DOÑA HIPÓLITA, luégo el ALCALDE.

HIPOL. Pero qué finos son estos hombres! Cómo se les conoce la educación que han recibido! Ay, si yo consiguiera alcanzar el amor de don Bruno! Si yo tuviera para él los encantos de Circe! Pero no, no cometamos la imprudencia de Ícaro.
ALC. Esto de ser Alcalde!... Todo tiene uno que hacérselo!
HIPOL. Qué es?
ALC. Que como el secretario fué en la comitiva, tengo yo que *redatar* el *pograma* de los festejos para mañana y pasao. Si ocurre algo, estoy en mi despacho.
HIPOL. Está bien. (Váse el Alcalde por la segunda puerta de la derecha.) Ay! Quiera Dios que permanezcan aquí muchos dias! Su presencia es mi vida!

ESCENA VII.

DICHA y el señor CALVO, en traje de viaje.

CALVO. Buenas tardes.
HIPOL. Muy buenas las tenga usted. (Quién será?)

CALVO. El señor Alcalde?

HIPOL. Está en su despacho.

CALVO. Tiene usted la bondad de decirle que desearía hablarle?

HIPOL. Sí señor. Con mucho gusto. (Tambien éste me impresiona bastante.) (Váse segunda puerta derecha.)

ESCENA VIII.

EL SEÑOR CALVO solo, luégo el ALCALDE.

CALVO. Siento en el alma que ya se haya sabido que venía. Sin duda algun periódico... Por lo que oí al apearme del carruaje, hay grandes preparativos, y yo soy poco amigo de exhibirme. Conseguiré del Alcalde que suspenda todos esos festejos, pues sé de sobra que cada favor recibido ha de costarme el doble de lo que valga. (Viendo al Alcalde.) Servidor de usted.

ALC. Usted dispensará que le *haiga* hecho esperar; pero con los festejos no tengo un momento de reposo.

CALVO. Precisamente venía á eso.

ALC. Ah! viene usted á presenciarlos! Cosa buena! Le aseguro á usted que desde que llegaron los contratistas...

CALVO. Eh?

ALC. No se ha escatimado nada para obsequiarlos.

CALVO. Dice usted que han llegado?...

ALC. Si señor, anoche. El señor Calvo y su consocio.

CALVO. Conque el señor Calvo?... (Entónces quién soy yo?)

ALC. Don Bruno salió hace poco á recorrer la línea.

CALVO. Caramba!

ALC. Usted los conoce?

CALVO. Que si los conozco? Muchísimo! (Quiénes serán?) Somos amigos íntimos!

ALC. Pues pronto estarán de vuelta. Yo, con su permiso, voy al ayuntamiento.

CALVO. Yo tambien me voy. Volveré luégo. (Tengo gana de conocer á esos caballeros.)

ALC. Pues ya sabe usted que aquí tiene usted mi casa.

CALVO. Muchas gracias. Usted primero. (Quién será ese otro yo?)

(Vánse por el foro derecha, despues de unas cuantas cortesías.)

ESCENA IX.

BERNARDO que sale de su habitacion.

BERN. María Santísima! Y qué pesadilla he tenidu! Apenas tumbéme sobre la cama, empecé á soñar que habian descubiertu que non éramus tales cuntratistas, y que el Alcalde me cogía por el pescuezu y me estaba matandu á palus. Non! Y estos sueñus son de muy mal indiciu. Si hasta parece que me duelen las custillas. Ya está ahí don Melquiades. Pobre señor! Y cómu viene!

ESCENA X.

DICHO y D. MELQUIADES sofocado, cubierto de polvo y con el sombrero apabullado.

MELQ. Maldito sea este pueblo, y el ferro-carril y la hora en que dije que era el contratista!

BERN. Peru ¿qué ha pasadu?

MELQ. Qué habia de pasar? Lo que yo habia dicho. Figúrate que me hacen montar una jaca que á mi me pareció el caballo de la Plaza Mayor. Ay, Dios mio, qué apuros he pasado! Los estribos se me metían hasta las rodillas; me pegaba á la silla como una lapa, y en vez de bridas, lo que yo agarraba eran las crines. Cada vez que la jaca relinchaba, me encomendaba á Dios, y cuando ponía las orejas de punta, á mí se me ponían los pelos de la misma manera.

BERN. Pobre señor! (Limpiándole.)

MELQ. Lo peor fué que segun íbamos trotando tuvimos que saltar un arróyo y ¡zás!

BERN. Le tiró la jaca por casualidad?

MELQ. No: por casualidad, no; por las orejas. Cinco veces me apeó por el mismo sitio el maldito animal!... Por fin monté una burreña que me ofreció un concejal, porque

segun me dijeron entónces, la jaca estaba loca. Y vamos! en la burreña fuí ménos mal. No me tiró más que dos veces.

BERN. Estaría tambien loca?

MELQ. No! Esa sólo estaba monomaniaca. Y gracias á que les dije que nos volviéramos porque se iba acercando la noche, que si no me paso todavía dos horas apeándome contra las reglas de la equitacion. Y qué gente, Dios mio! Me tenían preparada en el kilómetro no sé cuantos otra comida, la quinta! Movido estuve más de cuatro veces á decirles: Señores! Déjenme ustedes en paz. Yo no soy don Bruno Calvo, sino don Melquiades García.

BERN. Peru, señor, que pueden oirlu...

MELQ. Y qué me importa?... Anda, anda á arreglar la maleta! Marchemos pronto, porque si nó nos van á matar á palos ó á indigestiones.

BERN. (Lu primeru sería lu peor.) Voy curriendu. (Váse por la primera puerta izquierda.)

MELQ. Maldito sea este pueblo y maldita sea la hora en que yo.. (Transicion al ver á Hipólita.)

ESCENA XI.

DICHO y DOÑA HIPÓLITA.

MELQ. Oh, señora doña Hipólita!

HIPOL. Ya tan pronto de vuelta? (Pero qué simpático es!) Celebro en el alma su regreso. (Á ver si me comprende.) (Mirándolo muy fijamente.)

MELQ. (Cómo me mira!)

HIPOL. Por supuesto que usted se aburrirá en este pueblo?

MELQ. Mucho! Digo, no; si me gusta extraordinariamente!

HIPOL. Conque se divierte usted?

MELQ. Muchísimo! (Como si me asparan!)

HIPOL. Creí que esta vida monótona sería para usted como el suplicio de Tántalo.

MELQ. (Algo hay de eso.)

HIPOL. Porque acostumbrado á la vida de la córte... Esto es

tan miserable, tan triste; hasta la cama le habrá parecido á usted el lecho de Procusto.

MELQ. (Cáscaras! y qué palabrejas!)

HIPOL. Esto es bueno para nosotros los pobres lugareños: Yo cifro todas mis afecciones en mi hermano y en mis aves de corral. Pobres animalitos!

MELQ (Qué inocencia!)

HIPOL. Pero no crea usted que yo no tengo aspiraciones!

MELQ. No, si yo no lo dudo.

HIPOL. La córte! Ah! La córte sería mi delicia! La mansion deliciosa! Los Elíseos campos!

MELQ. Allí los llaman Campos Elíseos, pero ya no existen.

HIPOL. Ah! sí! Crea usted que Madrid es la vida! Es para los placeres la imágen del tonel de las Danaidas.

MELQ. (Caracoles!) Pero qué aficion tiene usted...

HIPOL. Á la mitología? Ah! mucha! Es un libro que me encanta! Ya debió sospecharlo mi padrino al ponerme de nombre Hipólita.

MELQ. Ah! sí! Es un nombre muy bonito.

HIPOL. Hipólita, reina de las Amazonas, cautiva de Hércules. amante de Teseo y madre de Hipólito.

MELQ. Tiene usted un hijo? No lo sabía.

HIPOL. No! Si hablo de la figura mitológica.

MELQ. Ah! usted perdone, señora.

HIPOL. Señorita...

MELQ. Sí, es verdad. No acabo de convencerme de que es usted soltera.

HIPOL. Pues convénzase usted, convénzase usted, porque aún no me he casado. (Muy expresiva.) Y crea usted que no ha sido por falta...

MELQ. De ganas, lo comprendo.

HIPOL. Por falta de pretendientes. Pero qué quiere usted! Cuando una sabe sentir y amar...

MELQ. (Pero cómo me mira!...)

HIPOL. Cuando una no encuentra hasta en un momento dado el objeto de sus aspiraciones... Ay, señor Calvo! (Suspirando.)

MELQ. (Canastos! Á que soy yo el objeto de sus aspiraciones?)

HIPOL. Anoche, miéntras descansaba tranquila en brazos de Morfeo...

MELQ. Señorita!...

HIPOL. Quiero decir, miéntras dormía, tuve un sueno! Ay, qué sueño! Cupido me azotaba blandamente con sus alás.

MELQ. Sí, es muy bromista el señor de Cupido.

HIPOL. Qué felicidad! Bajo la forma del niño alado, se presentaba ante mis ojos... Ay, señor Calvo!

MELQ. (Lo dicho! Yo era el niño alado!)

HIPOL. Oh! y qué dicha debe ser amar y ser correspondida... Seguro puede estar el objeto de mi amor, de que nunca hallaría en mí las falsedades de Casandra; sería modelo de fidelidad como Penélope y Artemisa. Nos querríamos como Dido y Eneas, como Hero y Leandro. como Píramo y Tisbe, y al llegar la vejez, viviendo en humilde choza seríamos la imágen viva de Baucis y Filemon.

MELQ. (Santo Dios, y qué retahila!)

VOZ. (Dentro.) Doña Hipólita!

MELQ. Que la llaman á usted.

HIPOL. Será la criada, que estará disponiendo la cena.

MELQ. (La cena!) Pues vaya usted, vaya usted. No quiero detenerla.

HIPOL. Voy. En seguida volveré! Adios, señor de Calvo.

MELQ. Adios, señora!

HIPOL. Señorita!

MELQ. Ah! sí, es verdad.

HIPOL. Convénzase usted, hombre; convénzase usted de que aun no me he casado. Adios! Adios! (Ay, cómo me impresiona este hombre!) (Váse por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA XII.

D. MELQUIADES y BERNARDO.

MELQ. Anda bendita de Dios! Y qué impertinente es esta pobre señora! Por supuesto, que sólo una cosa la disculpa,

y es el haberse enamorado de mí. Sí yo fuese coqueton! Pero nada. Mi amor es sólo para mi adorada Petronila.

BERN. Todu está preparadu.

MELQ. Es preciso tomar las de Villadiego. Nos amenaza otra comida!

BERN. Otra cumida? Entónces debíamos esperar.

MELQ. Pero hombre, eres atroz!

BERN. Esu va en temperaturas.

MELQ. Sí, y en estómagos.

ESCENA XIII.

DICHOS y el ALCALDE.

ALC. Todo marcha perfectamente. Vaya una iluminacion! Acabo de comprar siete libras de velas para adornar la fachada del ayuntamiento, y he mandado pintar dos cartelones con letras así de gordas que dicen: «Viva el señor Calvo y la compaña, y viva el señor Alcalde.» Á mí me quieren mucho en el pueblo.

MELQ. Pero comprenda usted que acaso tengamos que marchar dentro de algunos momentos. Los negocios nos reclamañ...

ALC. Marcharse ustedes? Bueno fuera!... Ahora que ya está hecho el gasto. No señor! Han de quedarse ustedes aquí lo ménos ocho dias.

MELQ. (Dios mio, ocho dias de cabrito!)

ALC. Ya he dado la órden de que el que no venga esta noche á la serenata á decir: «Vivan los contratistas!...» le mando á dormir á la cárcel.

MELQ. (¡Qué animal!)

ALC. Yo soy así. Me gusta que la gente se entusiasme espontáneamente. Pero ahora que me acuerdo. Hace poco estuvo aquí un caballero que acababa de llegar de Madrid.

MELQ. Eh?

ALC. Dice que los conoce á ustedes mucho.

MELQ. (Ay, Bernardo!

BERN. Ay, señor!)

ALC. Pero calle! Aquí está. (Viendo al Sr. Calvo que se presenta en el foro.)

MELQ. (Se armó la gorda!)

ALC. Pase usted, caballero. Aquí los tiene usted. (Entra el Sr. Calvo.)

ESCENA XIV.

DICHOS y el SR. CALVO.

CALVO. Oh, señor de Calvo! Cómo está usted? (Saludando á D. Melquiades, que con marcado temor le contesta sin volver la cabeza.)

MELQ. Muy bien. Y usted, amigo mio? Qué tal? La familia tan buena, eh? Me alegro mucho.

CALVO. Gracias. Y el amigo, tan famoso!... (Saludando á Bernardo.)

BERN. Sí señor! Tan famosu!

MELQ. (Á Bernardo.) (No sospecha nada.)

ALVO. Cuanto celebro... Creí que no me conocerían ustedes.

MELQ. Si señor. Pues no habíamos de conocerle! (Quién será?) Nos acordamos mucho de usted. ¿Verdad? (Á Bernardo.)

BERN. (Señor!)

MELQ. (Calma, hombre!)

CALVO. Es natural. En la Bolsa hemos hecho algunos negocios.

MELQ. Justo, sí... en la Bolsa.

CALVO. Vaya con don Bruno! (Abrazándole.)

ALC. (Lo que decía. Amigos íntimos.)

MELQ. Pero hombre, y qué bueno está usted ahora!

CALVO. Ah! sí! Muy bueno. (Pero qué descaro!) La última vez que nos vimos estaba yo...

MELQ. Sí, estaba usted... muy malo. Tenía usted... (qué tendría?) Así... como ictericia...

CALVO. (Ya me ha dado ictericia!...) Justo, sí! una ictericia terrible.

MELQ. (Qué talento tengo! Acerté con la enfermedad.)

CALVO. Conque han venido ustedes á recorrer la línea?...

MELQ. Sí, si señor. Á eso dicen que hemos venido.

CALVO. (Parecen unos infelices!) Pues yo deseaba subcontratar

con ustedes alguna de las secciones.

MELQ (Ay, Dios mio!)

CALVO. Y le agradecería me indicara ahora las condiciones en que podría quedarme con los trozos segundo y tercero de la quinta seccion. (Á ver por donde sale.)

BERN. (Señor!)

MELQ. (Ya verás, hombre, ya verás.) Pues le diré á usted, le diré á usted... El asunto en sí es delicado, muy delicado; porque, claro está que los negocios de esta clase... Un ferro-carril!... (Bernardo asiente á todo lo que dice D. Melquiades y le acompaña en la accion.) Quién desconoce la importancia de los ferro-carriles? Si nos remontamos á estudiar su orígen en la primitiva Grecia... (Movimiento del Sr. Calvo.) Pero no! no nos remontaremos! Atengámonos sólo...

CALVO. Usted perdone; pero lo que yo deseo saber es si en el rio habrá que hacer?...

MELQ. Claro, hombre! (Aquí sí que no yerro.) En el rio habrá que hacer un puente. Porque si la locomotora ha de pasar por debajo del rio, digo, no; si el rio ha de pasar por encima de la locomotora, tampoco...

ALC. Con permiso: voy á despachar unos oficios. (Al señor Calvo.) (Pero qué talento tiene este hombre.) (Váse puerta segunda derecha.)

CALVO. Conque dice usted que se necesita un puente de muchos metros de luz.

MELQ. Eso! Eso! Muy alumbrado! Á mí me gusta la claridad en todo.

CALVO. Á mí tambien me gustan las cosas claras.

MELQ. Porque si tenemos en cuenta...

CALVO. Basta de farsa!

MELQ. y BERN. (Asustados.) Eh?

CALVO Sí, amigos mios. Están ustedes conocidos.

MELQ. y BERN. Caballero! (En voz alta.)

CALVO. No levanten ustedes la voz, porque no les conviene.

MELQ. y BERN. Ay, caballero! (En voz baja.)

MELQ. Yo le supliço á usted que...

CALVO. Pero ¿no me han conocido ustedes todavía?

MELQ. No, señor; crea usted que yo... (¡Ay Dios mio!) Sí! Ya caigo! Es usted el señor gobernador! (Melquiades y Bernardo se arrodillan implorando el perdon)

CALVO. Quiá! hombre! Usted y yo somos una misma persona

MELQ. Cómo! Se llama usted tambien Melquiades?...

CALVO. No señor. Me llamo Bruno Calvo.

MELQ. (María Santísima!)

BERN. (Paliza segura!)

MELQ. Ay, señor Calvo! Yo le ruego encarecidamente... Pero se rie usted?

CALVO. Pues no he de reirme? Conque le han tomado á usted por mí!

MELQ. Sí señor; pero conste que yo...

CALVO. Le habrán agasajado!

MELQ. Si señor, me han agasajado y me han achicharrado.

CALVO. Cuánto me alegro!

MELQ. Se alegra usted de que me achicharren?

CALVO. No, hombre, de la equivocacion.

MELQ. Pues verá usted: yo había venido aquí ..

CALVO. No, me diga usted nada. Quedan ustedes autorizados para representarme. Yo no quiero darme á conocer. Sé muy bien lo que cuestan estas exhibiciones.

MELQ. Ay! Tiene usted razon! Que tal estómago tiene usted?

CALVO. Algo delicado.

MELQ. Pues se hubiese usted muerto aquí, de fijo!

CALVO. (Pobre hombre!) Pues lo dicho... Me han hecho ustedes un gran favor. Pero mucho ojo!

MELQ. Eh?

CALVO. (Les daré el susto gordo.) Que tengan ustedes mucho cuidado, porque si sospechan que usted no es ust ed es muy fácil que....

MELQ. Sí! Que nos den una paliza.

CALVO. Y si el Alcalde averigua...

MELQ. Pero cree usted que habrá olido algo?

CALVO. Quién sabe?

MELQ Ay, Dios mio!

CALVO. Yo me marcho esta noche para Madrid. He recibido una carta urgentísima...

MELQ. Se marcha usted? (Qué feliz!)

CALVO. Sí, necesito estar en Toledo pasado mañana.

MELQ. Hombre, tambien yo tengo que ir á Toledo.

CALVO. Si?

MELQ. Sí señor, á casarme.

CALVO. Hombre, que casualidad! Yo me he casado hace ocho dias.

MELQ. En Toledo?

CALVO. Sí. Con una jóven madrileña.

MELQ. Cómo se llama? Acaso yo la conozca.

CALVO. Petronila Cerote.

MELQ. (Ay!) (Cayendo sobre Bernardo.)

BERN. (Adios mi dineru!)

CALVO. Qué es eso? Qué le pasa á usted?

MELQ. No, nada... nada! (Que ya no voy á Toledo! Si le llego á decir el objeto de mi viaje!...)

CALVO. Ea! Hasta luégo. Ánimo! Mucho ánimo!

MELQ. Bien lo necesito.

CALVO. Servidor de ustedes. (Váse riendo.)

MELQ. Vaya usted con Dios!... reconózcame usted como... (su desbancado rival.) Maldita sea mi suerte!

BERN. Ay señor! Non decia usted que Petrunila...

MELQ. Cállate! No me hables de ella!

BERN. Me he quedadu sin la mayurdomía!

MELQ. Y nos vamos á quedar sin un hueso sano.

BERN. Peru señor!...

MELQ. Vamos á la habitacion. No hablemos con nadie. Es preciso huir inmediatamente.

BERN. Allí viene la señora.

MELQ. Anda! anda! (Ay, Petronila! Petronila!

ESCENA XV.

DICHOS y DOÑA HIPÓLITA.

HIPOL. Caballeros...

MELQ. Hasta luégo. Estamos muy ocupados. (Vánse los dos á su habitacion, puerta primera de la izquierda.)

HIPOL. No lo extraño. Las personas de negocios... Vamos! Cada vez me impresiona más ese hombre!

ESCENA XVI.

DOÑA HIPÓLITA y el ALCALDE, luégo D. MELQUIADES desde la puerta.

ALC. Hipólita!

HIPOL. Qué?

ALC. Mujer, que no te olvides de dar un *rinfringerio* á los señores. Oye; para mañana es preciso matar los dos pavos.

HIPOL. Pero hombre...

ALC. Ea! No me vengas con sensiblerías!

HIPOL. No bastará uno?

ALC. Corriente: sea uno. Yo voy al ayuntamiento. Acabo de saber que los hijos del Romo me quieren jugar una mala pasada en lo de los consumos, pero á mí no me engaña nadie. (Incomodado.)

MELQ. (Eh?) (Desde la puerta.)

ALC. He conocido ya lo que son ese par de granujas...

MELQ. (Ay, Dios mio!)

ALC. Y me las pagarán. Se han de acordar del santo de mi nombre!

MELQ. (Nos escabechan!)

ALC. Hasta luégo.—Ah! no olvides lo acordado.

MELQ. (Qué será?)

ALC. Ya que te empeñas no mates más que á uno.

MELQ. (Animal!)

ALC. Pero que sea el más viejo.

MELQ. (Santo Dios! Á mí me toca!)

ALC. Dale á comer muchas nueces, y en seguida...
HIPOL. Pobrecillo! Yo que los quiero tanto!...
MELQ. (Qué hermoso corazon!)
ALC. Ménos pamemas! ¡Es preciso matarlo! Contratistas como esos señores, merecen esto y mucho más.
MELQ. (¡Asesino!) (Se retira.)
ALC. Ea! Yo vuelvo en seguida. (Váse foro derecha.)
HIPOL. Cuando se tiene el corazon sensible no se pueden hacer ciertas cosas. Voy á ver si se queman los pasteles. (Váse por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA XVII.

D. MELQUIADES y BERNARDO con una maleta.

MELQ. Anda! No hay tiempo que perder! (Asustados.)
BERN. Peru, señor, ¿es esu ciertu?
MELQ. Sí! Tu vida está en peligro. Ha mandado matar al más viejo de los dos.
BERN. Peru señor, si el más viejo es usted.
MELQ. Esas son ilusiones tuyas.
BERN. Dios mio! Morir de un garrotazu!...
MELQ. No! La muerte será con veneno! Lo he oido!
BERN. Con qué veneno?
MELQ. Con nueces.
BERN. Cun nueces?
MELQ. Sí señor.
BERN. Santu Cristu me valga!
MELQ. Nada, nada! Huyamos de esta casa inmediatamente... Eh! (Asustado.) No! no viene nadíe! En marcha! (Se dirige al fondo.)
BERN. Pur ahí nos van á pillar en segida.
MELQ. Sí, tienes razon. Oh! qué idea! Esta ventana (Segundo término izquierda.) da á la huerta y está á muy poca altura. Una vez abajo saltamos la tapia, y piés para qué os quiero.
BERN. Esu, esu! Marchemus! (Disponiéndose á saltar.)
MELQ. Cómo se entiende? Primero yo.

BERN. Que mi vida corre más peligru!

MELQ. En estos casos, los criados son los últimos (Saltando por la ventana.)

BERN. Aprisa, señor, que pueden pillarnus! (D. Melquiades desaparece. Bernardo se dispone á saltar. En esto se oyen ladridos de un perro pequeño.)

MELQ. (Dentro.) Suelta! Chucho! Suelta! (Aparece en la ventana empujando á Bernardo.) Quita; hombre! Quita! Caracoles! (Bajándose y mirándose el pantalon, en el que se verá un gran giron.)

BERN. Está usted heridu?

MELQ. Ya lo creo! Me ha cogido una pantorrilla! Vamos, no ha sido más que un siete.

BERN. Siete murdiscus!...

MELQ. No! Un siete en el pantalon.

BERN. Y parecía un perru chicu?

MELQ. Qué perro chico, si era un real completo! un mastin como un toro!

BERN. Señor, escapemus por aquella puerta. (Segunda derecha.) Bajamus en segida al patio, y que nus pillen luégu.

MELQ. Sí, sí: la cuestion es salir del pueblo. Una vez en las afueras, alquilamos...

BERN. Justu! Un par de caballos!

MELQ. No! Nada de caballos! Una tartana, un carro, cualquier cosa... Vamos!

BERN. Vamos! (Se dirigen á la puerta, pero en esto se presenta Doña Hipólita, que entra con una bandeja con pasteles y una botella de vino. Bernardo oculta la maleta detrás de la mesa.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y DOÑA HIPÓLITA.

HIPOL. Señores...

MELQ. (Cataplum!)

BERN. (Nus pilló!)

HIPOL. Ya tendrán ustedes apetito. (Coloca la bandeja sobre la mesa.)

MELQ. (Sí: la cosa es para tener ganas de comer!)

BERN. (Qué buen olor tiene estu!) (Oliendo los pasteles.)

HIPOL. Vamos! Ya tomará usted un pastelillo.

MELQ. No; lo estimo, gracias. Yo soy de poco alimento. (No cabe duda. Yo soy la víctima! Será preciso conquistarla.)

HIPOL. No me desaire usted. (Con mucho mimo. Despues de servir á Bernardo le ofrece un pastel á D. Melquiades.)

MELQ. (Pues señor, paciencia!) (Lo acepta.)

BERN. (Buenus deben estar!)

HIPOL. Están rellenos de miel y nueces. (D. Melquiades y Bernardo empiezan á comer los pasteles, pero al oir la palabra *nueces* se quedan atorrados, gesticulando y limpiándose la boca. Breve pausa durante la cual Doña Hipólita ha ido á la mesa.)

MELQ. (Eh!)

BERN. (Canastus!)

MELQ. (Las nueces venenosas!) (En tono trágico y llevando de la mano á Doña Hipólita á un extremo de la escena.) ¿Será posible, oh, adorada Hipólita?

HIPOL. Cómo! Ha dicho usted adorada?

MELQ. Sí! Porque yo te adoro! Yo te idolatro! Por tí expongo mi vida!

HIPOL. Qué escucho? Esto es elevarse al empíreo de la felicidad!

MELQ. Elévate hasta donde tú quieras. Yo te seguiré á todas partes!

HIPOL. Ay, Jesús! Pero repare usted... (Indicándole á Bernardo, que sigue preocupado con el envenenamiento.)

MELQ. No importa: es de confianza. (Llevándola aparte.) Oye! Lo sé todo!

HIPOL. (Qué será lo que sabe?)

MELQ. Lo he oido todo y he conocido tu hermoso corazon. He visto que te oponías al feroz mandato de tu hermano.

HIPOL. Vamos! Ya lo comprendo. Y es eso todo lo que usted sabe?

MELQ. Pues qué! hay más todavía? Serás tú capaz de cometer esa muerte?

HIPOL. Ay! Yo no! No soy tan insensible como Anaxartea. Sé

que es una tontería.

MELQ. Cómo tontería?

HIPOL. Pero cuando una se ha encariñado con los animales...

MELQUIADES y BERNARDO. Eh!

HIPOL. Y como yo los he criado desde que soltaron el cascaron...

MELQ. Pero quiénes?

HIPOL. Los pavos.

MELQ. Ah! (Respirando satisfecho.)

BERN. (Acabáramus.)

MELQ. (Qué peso se me ha quitado de encima!)

BERN. (Se me han abierto las ganas de comer.) (Empieza á comer pasteles.)

HIPOL. Mañana nos comeremos uno en el almuerzo. Esta noche tenemos cabrito asado.

MELQ. (Santo Dios! Más cabrito!)

HIPOL. Conque es cierto que me amas? Es cierto que me correspondes? Que no eres el ingrato Faon por quien Safo dió el salto de Léucade? Ah! Yo daría tambien ese salto!

MELQ. No, hija, no hagas volatines.

HIPOL. Sí; por tu amor sería yo capaz de todo. (Con creciente entusiasmo.)

MELQ. (Qué cargante se pone!)

HIPOL. Por tu amor arrostraría yo...

MELQ. Pero mujer, que está mi amigo delante.

HIPOL. Sin tu amor hubiera sido tan desdichada como lo fué Cídipa con Acónceo.

MELQ. (Atiza!)

HIPOL. Se lo dirás á mi hermano?

MELQ. Pues ya lo creo!

HIPOL. Le pedirás mi mano?

MELQ. Sí, hija, sí; le pediré tu mano y todo lo que quieras.

HIPOL. Oh felicidad! (Abre los brazos, pero D. Melquiades la rechaza.)

MELQ. Anda! Vete á la cocina, no se vaya á quemar el cabrito.

HIPOL. Adios! Adios! Mi Adonis!

MELQ. Adios! Adios... Vénus... (trasnochada.) (Váse Hipólita puerta izquierda del foro.) Ay, gracias á Dios!... Pero hombre... (Á Bernardo que sigue comiendo.)

BERN. Están esquisitus!

ESCENA XIX.

D MELQUIADES, BERNARDO y el ALCALDE.

ALC. Haciendo por la vida, eh?

MELQ. (Nada! Que no nos marchamos!)

ALC. Eso me gusta... Pues señor, vengo muy contento. Van á ser unos festejos como se habrán visto muy pocos, y por más que los del barrio del Zarzal se opongan...

MELQ. Dice usted que se oponen los del Zarzal?

ALC. Sí señor; no tiene nada de extraño. Como todos ellos son carromateros, no les tiene cuenta el ferro-carril, y se han atrevido á decir que si les pillan á ustedes les dan una paliza.

MELQ. (Caracoles!)

BERN. (Canastus!)

MELQ. Pero cree usted que ellos?...

ALC. No teman ustedes nada. Ya lo tengo todo prevenido. En cuanto les peguen á ustedes, mando á todo el barrio á la cárcel.

MELQ. (Pues vaya una manera de prevenirlo!)

ALC. Magnífico! (Va hácia la ventana de la derecha.) Ya ha empezado la iluminacion en algunas casas.

ESCENA XX.

DICHOS, el SEÑOR CALVO.

CALVO. Oh, amigos mios!...

MELQ. Ah, señor, Calvo! Sálvenos usted! Nos quieren dar una paliza! (Hablan aparte.)

CALVO. Á eso vengo.

MELQ. Á pegarnos? (Retrocediendo.)

CALVO. No, hombre. Á salvarlos.

MELQ. De veras?
CALVO. El coche está dispuesto. Vendrán ustedes conmigo.
MELQ. Es usted nuestro ángel tutelar. (Le abraza.)
BERN. Es usted mi padre. (Id.)
CALVO. Tome usted. Esta carta le servirá para justificar su marcha tan repentina. (D. Melquiades guarda la carta.)
MELQ. Somos felices!
ALC. Lo ménos he contado treinta luces! (Volviendo de la ventana.) Va á ser el gran alumbramiento! (Viendo al señor Calvo.) Hola, amigo!

ESCENA XXI.

DICHOS, el TIO CALANDRIA, un CONCEJAL, FELIPE.

Entran todos muy contentos.

CAL. Ya está todo arreglado.
CONC. Va á ser una gran cosa.
FELIPE. Aquí tengo ya los presupuestos. (Á D. Melquiades.) El viaducto, como ustedes verán... (Desenvolviendo el plano.)
MELQ. (Por vida de...) Queda aprobado desde luégo.
FELIPE. Oh! gracias, gracias!
MELQ. Pues, señores, yo lo siento mucho, pero es el caso que..
TODOS. Qué?
MELQ. Que tenemos que marchar inmediatamente.
ALC. Cómo, marcharse? No señor!
FELIPE. De ninguna manera!
CAL. No lo consentimos!
CONC. Es un desaire.
CALVO. Señores, los negocios...
MELQ. El señor me ha traído esta carta urgentísima.
TODOS. No puede ser.
CALVO. (Á D. Melquiades.) (Hombre! háblelos usted de la crisis!)
MELQ. (Ah! Sí! Es verdad.) Señores! (Con énfasis.) Altos negocios de Estado... La crisis ministerial...
TODOS. La crisis?
MELQ. Y como estoy indicado para ministro de Fomento...
TODOS. Ministro de Fomento! (Hacen grandes cortesías.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y DOÑA HIPÓLITA.

HIPOL. (Qué oigo! Yo ministra!)
FELIPE. (Lo ménos me hace ingeniero jefe.)
HIPOL Pero ¿se van ustedes? (Á Bernardo que coje la maleta.)
BERN. Ahora mesmu.
HIPOL. (Te separas de mí!) (Á Melquiades.)
MELQ. (Sí, amor mio!)
HIPOL. (Y te vas sin cenar?)
MELQ. (No me hables de comer, por María Santísima!) Conque señores... (Soy feliz!) Llegó la hora! Abur! (En esto suena una música destemplada, y se oye la algazara del pueblo.) Canastos!
CALVO. (Qué orquesta!)
ALC. La serenata! (Mucha animacion en la escena. Se oyen fuera voces de ¡vivan los contratistas! y de ¡que salga!)
MELQ. (Á cualquiera cosa llaman serenata!)
ALC. El pueblo desea ver al señor Calvo. Salga su Excelencia.
MELQ. Pero hombre. (Siguen las voces de ¡que salga! ¡que salga!)
CALVO. Vamos! (Enpujando á D. Melquiades á la ventana de la derecha.)
MELQ. Bueno, hombre, bueno! (Resignado.)
ALC. Ya verá su Excelencia qué ovacion!
MELQ. (Se asoma á la ventana. Cesa la música.) Ciudadanos!
CALVO. (Á Melquiades.) Pero hombre...
MELQ. (Es verdad!) Lugareños! (Grandes silbidos y voces de ¡fuera! ¡fuera! (Figuran dar una pedrada en la cara á D. Melquiades.) Ay! (Llevándose las manos á la cara.) ¿Era esta la ovacion? (Retirándose de la ventana. Todos le rodean.)
ALC. Esos son los del Zarzal.
CALVO. Qué ha sido eso?
MELQ. Una pedrada! (Siguen las voces de ¡que salga! que salga!)
CALVO. Que quieren que salga usted!
MELQ. (Caracoles! Que me van á matar!)
CALVO. (Empujándole.) Vamos, hombre, el todo por el todo. (Todos le animan.)

MELQ Voy allá. (Á la ventana y con marcado temor.) Señores! (Aplausos fuera.) (Es claro! Les había llamado lugareños.) La contumelia de las circunstancias insólitas es la base más firme de la matempsícosis. (Aplausos.) Y yo que reconozco perfectamente vuestra solidaridad y vuestros sentimientos, no puedo ménos de daros el adios de despedida, henchido el corazon de célica ventura y ajena el alma á deletéreas pasiones. He dicho. (Grandes vivas y aplausos fuera. El Alcalde y los Concejales aplauden y abrazan á D. Melquiades, que se limpia el sudor. Doña Hipólita se enjuga las lágrimas.)

TODOS. Bravo! bravo!

ALC. Es un gran hablador!

MELQ. Eh?

ALC. Que se expresa muy bien su Excelencia.

HIPOL. (Al tio Calandria.) Ha hablado mejor que Polimnia.

CAL. (Á Bernardo.) Quién es Polinia?

BERN. Un deputado de la mayuría.

MELQ. Conque, señores... Ya saben ustedes. Melquiades... digo, Bruno Calvo, en Madrid, lo que ocurra .. (Se dirige á todos.)

HIPOL. (Á Melquiades.) (Pero volverás?)

MELQ. Sí! (Las espaldas!)

ALC. Vivan los señores contratistas!

TODOS. Vivan!

MELQ. Gracias, amado pueblo.

BERN. (Á Melquiades.) (Ay, señor! de qué paliza hemus libradu!

MELQ. Libraremos así de los señores?
(Al público.)

Gran paliza temí y está salvada.
De vosotros espero una palmada.
Por compasion, señores;
no zurreis al autor ni á los actores!

TODOS. Viva! Viva! (Mucha animacion. D. Melquiades, Bernardo y el Sr. Calvo se dirigen al foro entre las aclamaciones de todos.)

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

BASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.
EL PARIENTE DE TODOS, jugucte cómico en un acto y en verso, original.
DESDE EL BALCON, juguete cómico en un acto y en verso, original.
LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso, original (1).
EL AUTOR DEL CRÍMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.
APROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original.
HORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.
NOTICIA FRESCA, juguete cómico en un acto y en verso (2).
TRAS DEL PAVO, apropósito en dos actos y en prosa, original (3).
PACIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y en prosa.
CALVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original.
PEREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.
CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE, juguete cómico en dos actos y en verso, original.
TURRON MINISTERIAL, apropósito en un acto y en prosa, original.
LLOVIDO DEL CIELO, comedia en dos actos y en verso, original.
PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Rubio (1).
LA OCASION LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa (1).
¡ADIOS MADRID! boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original (1).
DE TIROS LARGOS, jugucte cómico en un acto y en prosa (1).
EL MEDALLON DE TOPACIOS, drama cómico en un acto y en verso, original (2).
LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original (1).
LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí (1).
EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática en tres actos, en prosa y verso, original (1).
PRESTON Y COMPAÑÍA, sainete en un acto y en verso, original (4).
PARIENTES LEJANOS, comedia en dos actos y en verso, original.
CARTA CANTA, juguete cómico en un acto y en verso.

ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso. en dos actos y en prosa, original (1).

LAS CODORNICES, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

DE TODO UN POCO, revista cómica-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original (5).

JUEGO DE PRENDAS, juguete cómico en dos actos y en prosa, original.

TIQUIS-MIQUIS, comedia en un acto y en prosa, original.

¡UN AÑO MÁS! revista cómica-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original (5).

LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos (1).

¡ADIOS MADRID! refundida en dos actos (1).

---

(1) En colaboracion con Miguel Ramos Carrion.
(2) Id., id., José Estremera.
(3) Id., id., José Campo-Arana.
(4) Id., id., Eusebio Blasco.
(5) Id., id., Miguel Echegaray.